

Lalo-Cura desde el inframundo: Personaje y llave constructiva para la otra moral latinoamericana

Lalo-Cura from the underworld:
Key to constructing another Latin American ethos

NIBALDO ACERO

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, Chile
nibaldoacero@gmail.com

RESUMEN

El artículo propone que el cuento de Roberto Bolaño “Prefiguración de Lalo Cura” revela, a través de su personaje central, la construcción discursiva de un sujeto, que coincide con la construcción identitaria de Latinoamérica de fines del siglo XX. Lalo Cura muestra una realidad contextual que excede lo estrictamente literario, integrando su propio espacio histórico. Para lograr este objetivo se han considerado autores como Bajtín, Foucault, Giannini, Nietzsche y Paz, entre otros. El análisis se complementará con la novela *2666* (Bolaño, 2004). Ambos textos ayudarán a constituir moralmente a Olegario en relación al contexto histórico latinoamericano de finales del siglo pasado, en donde el apelativo “Lalo Cura” adquiere tintes simbólicos, ofreciéndose como llave constructiva para el mismo personaje en un recorrido por el inframundo.

Palabras clave: Sujeto, “otro”, construcción de sujeto, moral, masculinidad, locura.

ABSTRACT

The article proposes that Roberto Bolaño’s story “Prefiguración de Lalo Cura” reveals, through its main character, the construction of a discursive figure of a subject, that coincides with the Latin American’s construction of identity at the ends of twentieth century. Lalo Cura shows a contextual reality that exceeds the strictly literary, integrating his own historical space. To achieve this objective, authors like Bajtín,

Foucault, Giannini, Nietzsche and Paz, are considered, among others. The analysis will be complemented with the novel *2666* (Bolaño, 2004). Both texts will help to morally establish Olegario in relation to the latinamerican historical context at the ends of last century, where the appellative “Lalo Cura” acquires symbolic stains, offering himself as a constructive key for the same character in a tour through underworld.

Keywords: Subject, “another”, construction of the subject, morality, masculinity, madness.

Recibido: 17.01.2012. *Aceptado:* 17.07.2012.

“Olegario: hombre que domina con su fuerza y su lanza”
(G.M.Z., *Diccionario de los nombres*).

¿QUIÉN LLEVA LA LANZA EN LATINOAMÉRICA?

No cabe duda de que el sujeto, en todos sus contextos, es una construcción que encuentra raíces en su historia, sus guerras ganadas o perdidas, en su evolución y en su modo de experimentar esa misma realidad. La literatura, en contextos particulares, echa mano de ese espacio histórico y nutre sus creaciones a partir de elementos que dicen directa relación con el mundo social. Porque “toda obra literaria tiene internamente, inmanentemente un carácter sociológico”, es ineludible un análisis de este carácter en tanto se aprecia en “cada elemento de la estructura artística el punto de refracción de las fuerzas vivas de la sociedad” (Bajtín, 1999: 191). Es el caso de Olegario Cura presente explícitamente en dos obras de Bolaño: “Prefiguración de Lalo Cura” y la novela *2666*; y presente bajo el nombre de Pancho Monje Expósito en *Los sinsabores del verdadero policía* (Bolaño, 2011). A través de estas lecturas se crearán lazos con el contexto histórico latinoamericano en un nivel discursivo, denominado de aquí en adelante superficial, y en un nivel subdiscursivo, llamaremos identitario, los que guardan relación con lo que ha sido olvidado en el subcontinente. La riqueza obtenida de las lecturas del cuento “Prefiguración...” y la novela *2666*, aunque ambiciosa, pretende finalmente construir la personalidad, el ethos de Olegario Cura, enfatizando el origen de su constitución moral, los juicios y prejuicios que abren caminos para su interpretación. A partir de esta base es que el campo interpretativo se abre encontrando líneas directas con el contexto histórico latinoamericano. Particularmente, en referencia al valor de lo latinoameri-

cano en superficie, es decir, al discurso y, por otro lado, a lo que existe detrás de él y que el mismo continente ha olvidado: la identidad masculina. Olvido que para Olegario, el que domina con su fuerza y su lanza, no existe.

En los dos textos ulteriormente aludidos, Olegario Cura es un sicario que presta servicios a los carteles de la droga. No obstante, y a pesar de manifestarse en ambos textos con el mismo nombre, apellido paterno y apelativo (Lalo), existen diferencias entre ambos personajes, sobre todo en su génesis. En el cuento “Prefiguración...” es hijo de un pastor y de una actriz porno (Connie Sánchez), ambos han fallecido en circunstancias no especificadas, sin embargo, se afirma que su madre fue abandonada por el padre de Olegario durante el embarazo y que Lalo nunca llegó a conocerlo. En la novela, Lalo Cura es hijo de María Expósito (quien aún vive) y se ha prefigurado como descendiente de un matriarcado en el que las mujeres de cada generación han sido madres después de haber sido violadas. La última diferencia importante entre ambos Olegarios es la locación de los escritos. El cuento se ambienta principalmente en Colombia, mientras que la novela transcurre en México. A pesar de estas diferencias, ambos parajes tienden a la autodestrucción: sicarismo, dinero sucio y movimientos asociados a la droga. Es necesario agregar que, tanto en la novela como en el cuento, Olegario Cura presenta equivalentes rasgos de su personalidad, lo que puede comprobarse mediante un análisis en relieve.

La figura de Olegario evoca un personaje que a simple vista no tiene valor positivo. Sin embargo, la conciencia de su origen permite que vea luz en un inframundo; sus palabras en el cuento de *Putas asesinas* así lo revelan: “He abierto los ojos en la oscuridad” (Bolaño, 2001: 43). Un mundo construido en el dolor, la ambición, el dinero sucio, espacio gobernado por los bajos instintos que no llevan sino a la pérdida de un camino. Entonces, el origen del nombre Olegario adquiere verdadero sentido. Él es la fuerza de la conciencia y la aceptación de un origen fracturado que le permiten reconocer las herramientas necesarias para levantarse y defenderse de los *otros* de su mundo. Más aun. Es precisamente su conciencia trágica lo que le abre la puerta para ver el vacío y podredumbre de esos *otros*, los perdidos, entre los que llegó a la vida: “A eso se reduce todo. Acercarse o alejarse del infierno” (Bolaño, 2001: 97).

La relación entre el personaje, así representado, y el mundo de esos otros que lo acompañan, refracta al subcontinente latinoamericano, esto siguiendo la teoría de fractalidad¹ trasladada al ejido literario por Ignacio Echeva-

¹ Teoría creada en 1975 por el matemático francés Benoît Mandelbrot. En resumen, un fractal

rría (2007). Implementando esta teoría a la usanza del crítico español, Lalo Cura, en el contexto proyectado, representaría el origen positivo de Latinoamérica en la lucha, orgullo, fuerza y conciencia de su origen, en palabras de Quijano, dejando de ser lo que no se es (2000: 242). Articularía en otra escala, aquella Latinoamérica de esos *otros*, los perdidos, que muestran el resultado de un continente teñido de ambiciones, de luchas sin destino, de un inútil pelear con falsas “armas” (grandes penes y atributos físicos) que denotan la construcción ajena (negadora de sí) que se ha hecho de quienes habitan el continente (2000: 238).

LA CONFIGURACIÓN DEL PREJUICIO Y LA CONSTRUCCIÓN DE UN SÍ MISMO

“El misterio de la vida en Latinoamérica”, señala Olegario en “Prefiguración...”, es “como un pajarito delante de una serpiente” (Bolaño, 2001: 100). Sus palabras hacen referencia a la escena cinematográfica que descubre a un actor desnudo frente a la barriga de la madre de Olegario. Connie Sánchez, cerca de dar a luz, se mantiene como prototipo sexual para la producción de películas de Helmut Bittrich². Los pensamientos de Lalo Cura, ante el escrutinio de los filmes pornográficos que ha protagonizado su madre, surgen para darse ánimos y resistir de mejor forma el escenario que presencia. Esta vivencia se transforma en una experiencia moral para el personaje, como señala Giannini, “un ser-ante-otro-sujeto” (2000). Este momento es clave para comprender ética y moralmente su constitución, pues no es sino a partir de esta experiencia, la “experiencia del otro”, donde comenzaría la construcción y el ordenamiento, de parte de la vida humana, de un contexto y de los primeros brotes y gemidos de un “yo mismo” (Giannini, 2000: 17-18).

Luego de la muerte de su progenitora, en el cuento, se forja un adolescente huérfano en pleno proceso de construcción identitaria, urgente y necesaria, reconociendo, de golpe, una dimensión inexplorada de Connie Sánchez, ante la cual sólo tiene palabras de compasión: “Sus movimientos

debe ser entendido como un objeto semigeométrico, una figura espacial, cuya estructura básica, regular o irregular, se va repitiendo a diferentes escalas, preservando su aspecto.

² La producción descrita es convencionalmente pornográfica, es decir, posee escenas de sexo explícito con una carencia evidente de argumento, sin desarrollo de personajes, etc., más cuando Connie Sánchez queda embarazada, Helmut Bittrich, el director alemán de la Productora Cinematográfica Olimpo, comienza el rodaje de películas de estilo Milch o *Pregnant Fantasies*, destinadas al “mercado de los hombres que creían o a quienes les gustaba creer que las mujeres embarazadas tienen leche” (Bolaño, 2001, 100).

ya son los movimientos delicados y seguros de una madre. Abandonada por el imbécil de mi padre” (Bolaño, 2001: 100). Hay rasgos de piedad y nostalgia en cada palabra dirigida a la mujer que le dio la vida, un pensamiento profundo que la torna en símbolo de una imagen femenina mayor y abstracta en relación a la carne humana y sexual que conociera. El sentimiento proyectado establece un puente de significado al continente y configura un ánimo mariano, característico de la identidad de América Latina. La figura de María es propia del “ethos mestizo latinoamericano” (Montecino, 1991: 29-30). El recuerdo de Connie Sánchez atraviesa lo puramente material para transmutarse en un asidero espiritual que Olegario forja para salvaguardarla del inframundo, catapultándola y conservándola en lo sagrado. A saber de Octavio Paz:

La derrota de los dioses indígenas (...) produjo en los fieles una suerte de regreso hacia las antiguas divinidades femeninas (...) La Virgen es el consuelo de los pobres, el escudo de los débiles, el amparo de los oprimidos (1968: 76-77).

Olegario comienza un proceso de formación identitaria sin mayores armas, sin familia, ni guías, lanzado a un escenario involuntario, desconocido y violento, llegando al “mundo de los otros, arrojados por los otros” (Gianini, 2000: 15). Es en este escenario donde Olegario ha debido construirse como persona en la orfandad como plataforma. Pero a la vez que se construye como persona, se edifica también un rol dentro de sí: un sicario, hombre con peculiar poder en la sociedad. Así ilustra el cambio:

Cuando yo era niño, Connie, Mónica, Doris, Bittrich, el Pajarito, Sansón Fernández, todos me llamaban así: Lalito. Lalito Cura jugando con los gansos y los perros en el jardín de la casa del crimen, que para mí era la casa del aburrimiento y a veces del asombro y la felicidad. Ahora no hay tiempo para aburrirse, la felicidad desapareció en algún lugar de la tierra y sólo queda el asombro. Un asombro constante, hecho de cadáveres y de personas comunes y corrientes como el Pajarito (Bolaño, 2001: 112).

Las reflexiones de Bajtín adquieren sentido en este contexto al decir que yo “me conozco y llego a ser yo mismo sólo al manifestarme para el otro, a través del otro y con la ayuda del otro” (1999: 327). Esto permitiría empalmar la figura de Olegario como fractal de Latinoamérica. En un primer momento del fractal se puede ver a los *otros*; y en el siguiente, le permitiría

mirarse a sí mismo: re-conocerse y re-construirse. Cura, como fractal, de ese modo, articularía una puerta, la que puede abrirse en dos escalas distintas. La primera puerta, más que una ventaja constitutiva del yo, se transforma en una maldición, pues al carecer de padres y hermanos va en busca de un *alter* que pueda constituirlo como un yo. Ese único *otro* que emerge en el imaginario de Lalo Cura es el Pajarito Gómez. Apenas un apelativo fálico en el texto, una vibración imperceptible, pues como Olegario dijera: “estar con el Pajarito era como estar en ninguna parte” (Bolaño, 2001: 109). La revisión de los video cassetes de carácter pornográfico que enfrenta a solas en su habitación, es una imagen que habla por sí misma de su ansia de construcción identitaria, muy anterior de su visita al Pajarito. Aquí, Olegario Cura intenta representar a ese *otro* en una idea: la Fuerza, un alter ego, un *otro* yo, donde encontrar asidero moral:

La Fuerza está conmigo, me dije, la primera vez que vi la película, a los diecinueve años, llorando a moco tendido, haciendo rechinar los dientes, pellizcándome las sienes, la Fuerza está conmigo. (...) Hubiera querido creer que las vergas que penetraron a mi madre se encontraron al final del sendero con mis ojos. Soñé con ello a menudo: mis ojos cerrados y translúcidos en la sopa negra de la vida (Bolaño, 2001: 100).

El fragmento remite nuevamente a ese espacio íntimo en que Olegario en el vientre encuentra aquellas vergas que penetraron a su madre. La experiencia moral se deforma y se oscurece cuando Olegario recrea la escena audiovisual, pues cae en cuenta de que no existe un *otro* en quien reconstruir un hecho humano. No existe un “cuerpo significante”, un otro físico que explaye mediante su cuerpo la “clave de su secreto” (Giannini, 2000: 16). El personaje está ante vergas representativas de *otros*, y no puramente *otros*, sino órganos ambulantes en el vientre de Connie Sánchez. Las vergas, así entendidas, son símbolos de un no-reconocimiento de Olegario en tanto representan la invasión al único mundo que habita un Lalo Cura en gestación. Este espacio de habitación, es “el lugar diferenciado donde una minúscula partícula de la humanidad (un individuo) es recogido o acogido por otros” (Giannini, 2000: 15). Olegario, irremediamente y por necesidad, se integra a aquella escena: “Ser significa comunicarse” (Bajtín, 1999: 327).

Olegario Cura es capaz de aceptarse, reconocerse e incluso nominar su mundo. No es la simple constitución de un yo a través de *otro* en un proceso psicológico, sino de una (auto)construcción hacia un yo puro, “sin ninguna clase de mezcla de puntos de vistas y valoraciones supuestas, obligadas o

ingenuamente asimiladas” (Bajtín, 1999: 335). Esto es posible gracias al proceso de articulación de la conciencia de sí mismo que concierne a la alteridad, la otorga la facultad para ser sujetos y conformar una identidad alejada (desemejante) de esos *otros* sin sucumbir a un estereotipo:

El estereotipo no es una simplificación por ser una falsa representación de una realidad dada. Es una simplificación porque es una forma detenida, fijada, de representación, que, al negar el juego de la diferencia (que la negación a través del Otro permite) constituye un problema para la *representación* del sujeto en significaciones de relaciones psíquicas y sociales (Bhabha, 2002: 94).

La identidad alcanzada es grotesca sin duda, un yo desfigurado que se resiste al desarrollo a través de los *otros*. Es así como se cortan las cadenas de una condena ante la imposición de proyectarse a través de un distinto (Bajtín, 1999: 335). En este cuadro, la autoparodia (Amaro, 2007: 5-18) es fundamental para constituirse con identidad. La distancia consciente del espacio que lleva a Olegario a este constructo se muestra en las primeras líneas de “Prefiguración de Lalo Cura”:

Parece mentira, pero yo nací en el barrio de los Empalados. El nombre brilla como la luna. El nombre, con su cuerno, abre un camino en el sueño y el hombre camina por ese sendero. Un sendero tembloroso. Siempre crudo. El sendero de llegada o de salida del infierno (...) Con extrema lentitud abrí los ojos en la oscuridad total y sólo vi o imaginé aquel nombre: barrio de los Empalados, fulgurante como la estrella del destino (Bolaño, 2001: 97).

La referencia a “los Empalados”³ carga de simbolismo el camino de Olegario. Un método cruel que permite literalmente vivir la propia muerte en sufrimiento extremo y conciencia. El acto de nacer en un lugar que lo predestina a través de su denominación, además de una (en el papel) ineludible condena, se transfigura en una burla a sí mismo: “Parece mentira, pero yo

³ Sheláru (2007) en su obra *Drácula, el hijo del dragón: ensayo sobre su verdadera historia*, describe al empalamiento como un método de tortura aplicado desde el medioevo. En Rumania se utilizó hasta el siglo XVI. Consistía en atravesar con una estaca por la boca, recto o vagina a los condenados, procurando no dañar órganos vitales cercanos a fin de prolongar el sufrimiento. Hemos de recordar que la historia nos revela que esta técnica también fue utilizada por los conquistadores españoles en contra de los nativos de América, así fue la condena a muerte, por ejemplo, de Caupolicán, toqui (jefe militar) del pueblo mapuche.

nací en el barrio de los Empalados(...). El nombre, con su cuerno (...) como la estrella del destino”. El barrio los Empalados se configura en un sino tragicómico, simbolizado en un elemento de carácter fálico: un cuerno que abre un camino, por donde él obligadamente debe echar a andar. Sin embargo, Olegario, como fractal, también manifiesta la mediocridad del mundo al que pertenece (segunda puerta): muertos, pellejos revolcándose en su propio semen, en su propia sangre con el sueño de ser otros, odiándose y escondiendo en sus camas quienes quieren ser. Un círculo infernal que recrea materialmente en el ideario latinoamericano la misma reflexión:

Jóvenes mestizos, negros, blancos, indios, hijos de Latinoamérica cuya única riqueza era un par de huevos y un pene cuarteado por las intemperies o milagrosamente rosado quién sabe por qué extraños vericuetos de la naturaleza. La tristeza de las vergas Bittrich la entendió mejor que nadie. Quiero decir: la tristeza de esas pollas monumentales en la vastedad y desolación de este continente (Bolaño, 2001: 106-107).

En este mundo sórdido, él es también un empalado, pero en tanto gentilicio que cimienta funesto sendero como material para una ridiculización propia, se abre así el proceso de construcción identitaria. Ahora es dable establecer, por ejemplo, que a pesar del arrojado a este mundo violento, Olegario alcanza por medio de la alteridad, de la deformación (diferenciación) de otros y de la burla de sí mismo, las herramientas que le permiten la distancia necesaria para entender ¿qué es él?, ¿quién es él? y ¿cuál es el camino que debe seguir? Él decide que su camino no es su contrario: la santidad, ser un cura, como versa su apellido (Bolaño, 2001: 97). Él sabe que las herramientas adecuadas deben ser tomadas desde el mismo lugar del que vino. Para ello, necesita una armadura que lo proteja, que le permita distinguir de cerca a sus enemigos. Es así que Lalo-Cura se transforma también en “La locura”, un arma que permite organizar de acuerdo a otra lógica una moral propia, con sus propias reglas, modelos y valores.

EL SICARIO DESDE EL INFRAMUNDO

Olegario Cura, arrojado a un mundo violento en el que es hijo de una madre actriz porno, no ha tomado el sendero que conduce a la santidad. Pero ha decidido un rumbo contrario al que el destino lo espoleaba: se hace sicario. Esta realidad que se patentiza en el personaje es característica de

la Colombia de fines del siglo XX como fenómeno que se empodera de las calles urbanas del país⁴. Hay “más muertes en la calma de la paz que en las tormentas de la guerra”, sentencia con lucidez Briceño-León (2002: 34-35). La trágica realidad se expande a otros países de Latinoamérica y desata durante los últimos años del siglo XX una cultura de violencia que se transforma en la primera causa de muerte de personas jóvenes y productivas entre 15 y 44 años de edad⁵. En la década del noventa, este fenómeno ya no sólo comprende países como México y Colombia, Centroamérica sufre de un alza brutal de homicidios⁶, es decir, Latinoamérica es una sola, está unida por esta cultura de violencia que tiene como protagonista al sicarismo.

Sin embargo, Lalo Cura no es cualquier sicario, su constitución como niño tiene efectos distintos en su conformación como adulto. No posee el perfil del matón a sueldo graficado en la novela de Vallejo *La Virgen de los sicarios* (1998). Realizando una lectura en relieve de los personajes dedicados al sicarismo, en la novela de Vallejo se aprecian diferencias notables con Olegario Cura. Mientras los asesinos a sueldo de *La Virgen de los sicarios* son adolescentes arrastrados por la moda, muertos prematuramente, que están a las órdenes de un chulo, quien los explota laboral y sexualmente; Cura habla desde la adultez donde reluce su forjación como ente dominador, no dominado. Él es un depredador con acervo moral.

Olegario Cura es un signo a través del cual es representada la realidad en su totalidad, un signo íntegro que gracias a su función se comunica con el contexto latinoamericano (Mukarovsky, 1975: 236). Así, Olegario sicario es signo de Colombia y de un México en el que la definición de lo masculino se asocia al nivel de violencia ejercida sobre los otros. Violencia que, en el mundo que habita el personaje, toma cuerpo en la relación sexual y en el poder decidir el término de la vida de otros.

Y aunque ni el cuento ni la novela dan luces de una decisión de su carrera criminal de manera explícita, las experiencias de Olegario durante la

⁴ Rubio plantea al respecto: “En Colombia, entre 1985 y 1994, se duplicó el número total de viudas, mientras que los viudos apenas aumentaron levemente, pues son viudas de la violencia y los hombres son sus víctimas principales. Y los huérfanos, que para 1985 calculaban en 43 mil niños, se incrementaron a 73 mil huérfanos en 1994” (2000: 124-125).

⁵ Briceño-León aclara: “Buena parte de la violencia urbana debemos atribuirla a estas dimensiones culturales de la masculinidad. Sobre todo esto se vuelve aun más marcado entre los adolescentes quienes se encuentran en una fase de definición de su identidad y que, por lo tanto, son más vulnerables a este tipo de valores, pues deben sistemáticamente demostrar que no son más niños, sino hombres, aun a costa del riesgo de morir o matar por cualquier trivialidad” (2002: 42).

⁶ El texto de Briceño-León dice: “El Salvador, Centroamérica, el gobierno y la guerrilla con mediación internacional, pusieron fin a una guerra interna muy cruenta, pero la tasa de homicidios se incrementó de 72 a 139 homicidios por cada cien mil habitantes entre 1990 y 1995” (2002: 36).

niñez funcionan como llave para conducir su camino al ser sicario, como redistribuidor radical del poder en la sociedad (Quijano, 2000: 241). Este es un sicario con matices éticos y morales no ajustables tradicionalmente al modelo del sicario ordinario:

No he venido a liquidarte, le dije finalmente. (...) Te dejaré dinero, Pajarito, para que vivas sin trabajar. Te compraré lo que quieras. Te llevaré a un lugar tranquilo donde puedas dedicarte a contemplar a tus actores favoritos (Bolaño, 2001: 111-112).

Un sicario que visita a un *otro* sin intenciones de matarlo, realiza un pseudo viaje, si se atiende al viaje de un héroe⁷. El Pajarito, en este contexto, funciona como padre simbólico que debe liquidarse para vengar el sufrimiento de la madre. Frente a esta figura, Lalo comenta:

Nunca mataba: daba el billete, borraba, hundía, desintegraba, hacía puré, desmenuzaba, dormía, pacificaba, quebrantaba, malograba, abrigaba, ponía bufandas y sonrisas perennes, archivaba, vomitaba. Quemaba. Pero al Pajarito no lo quemé, sólo quería verlo y platicar un rato con él (Bolaño, 2001: 111).

En un espacio despojado de virtudes, habitado de huérfanos y destrucción ¿cómo es qué Olegario Cura no termina pudriéndose en su devastado continente?, ¿cómo es que no sucumbe a la emboscada de la existencia y continúa, no superviviendo sino que viviendo, al parecer, con holgura?, ¿cómo se convierte en macho de la manada en circunstancias tan adversas? En definitiva, ¿cómo se cinceló Olegario internado en un panorama cuyo único fin parece ser el aniquilamiento? La insistencia en el detalle de los nombres de los caídos deja al descubierto la relevancia de este laberinto infernal:

en 1999 sólo quedaba con vida el Pajarito Gómez, los demás habían sido asesinados o se los había llevado por delante la enfermedad. Sansón Fernández, muerto de sida. Praxíteles Barrionuevo, muerto en el Hoyo de Bogotá. Ernesto San Román, muerto a navajazos en la sauna Arearea de Medellín. Alvarito Fuentes, muerto de sida en la prisión de Cartago. Todos

⁷ Paul De Man reconoce que esta contienda, que este proceso beligerante de poetas hijos versus poetas padres, a través del mito de los titanes, “no es tan natural y espontáneo como el que se presenta en la naturaleza: su versión mitológica más cercana que es la de la guerra de los Titanes, no es nada idílica” (1983: 172-173).

jóvenes y con la picha superior. Frank Moreno, muerto a balazos en Panamá. Óscar Guillermo Montes, muerto a balazos en Puerto Berrío. David Salazar, llamado el Oso Hormiguero, muerto a balazos en Palmira. Caídos en ajustes de cuentas o en reyertas fortuitas (Bolaño, 2001: 106).

¿Cómo América Latina no acabó de una vez con Olegario Cura Sánchez?
¿Qué acto moral distingue a Olegario Cura del resto de sicarios de Colombia y México, en general de América Latina?

Tenemos una identidad muy fuerte, tal vez demasiado... Pero es verdad que esa identidad –mejor dijo esa cultura– ha sido rota varias veces. Este es nuestro problema: reunir esos pedazos, unir lo que fue separado, reconciliarnos con nosotros mismos (Paz, 1990: 123).

Olegario recoge y rearma los trozos de los *otros*, los de sí mismo y de Latinoamérica esparcidos por el suelo. Esos pedazos, interpretando a Paz, toman cuerpo en aquellos muertos nombrados por Olegario. Toman cuerpo, además, en ese momento clave frente al televisor, viendo cómo es penetrada su madre. Estos trozos son al mismo tiempo dignidades, pedazos de la misma constitución latinoamericana, de la niñez del subcontinente y de las propias fracturas que emulan a Latinoamérica. Olegario, comprendiendo y aceptando su (de)forma(ción) logra rearmarse, reformarse con los vestigios de una América Latina en los huesos: éste es el camino contrario que finalmente sigue para salir del laberinto.

LA LOCURA COMO LLAVE ORDENADORA DE LA OTRA MORAL LATINOAMERICANA

Latinoamérica es como el manicomio de Europa. Tal vez, originalmente, se pensó en Latinoamérica como en el hospital (...) Pero ahora es el manicomio. Un manicomio salvaje, empobrecido, violento, en donde, pese al caos y la corrupción, si uno abre bien los ojos, es posible ver la sombra del Louvre (Bolaño, 2008: 111).

Ante la figura materna, este particular sicario pareciera poseer compasión y comprensión. No se trata de uno de aquellos monstruos, asesinos o anormales de los que habla Michel Foucault en su trabajo académico hecho obra *Los anormales* (2008). El monstruo moral que es Olegario convertido en depredador de hombres funciona en relación a una moral conformada

en la comprensión de su mundo desgarrado, huérfano, en la aceptación de un origen que, en tanto aceptado, puede moldear y no dejarse moldear por él.

El camino recorrido que lleva finalmente a Olegario a la conciencia de lo que es, lo transforma en un superhombre nietzscheano, si se quiere, de carácter latinoamericano, un ser que se supera a sí mismo, aunque no posea con exactitud la totalidad de la vida que entraña y aunque esté edificado a partir de fracturas (he ahí el porqué del carácter latinoamericano). Olegario camina por esa cuerda floja entre el hombre y la bestia (Nietzsche, 2007: 19-21), se autoconstruye como el macho de la manada, como el victimario abandonando el aciago papel de víctima. Así, como superhombre latinoamericano no se compadece finalmente de los débiles (Nietzsche, 2000: 13), incluso de sus cercanos: su madre, su tía Doris Sánchez, el Pajarito, el director alemán Helmut Bittrich, sino que los comprende en cuanto tales. Finalmente, no hay prefiguraciones de su parte, tampoco juicios. La actitud adoptada es lo que hace posible portar la lanza como estandarte de su poder, una lanza simbólica que encarna su nombre y que trae a presencia aquellas lanzas que dieran la lucha en la formación de una Latinoamérica beligerante. Las lanzas “son símbolo de la guerra (también sexual), son las armas de los guerreros aborígenes” (Iriarte, 1982: 131).

No obstante, las armas guerreras que antaño sostuvieran los indígenas han trocado deformándose en símbolos exclusivamente sexuales sin campo más que el ser dominado por lo sexual. El arma, en este sentido, se empobrece y pierde su valor de poderío siendo sólo símbolo de grandes penes, en palabras del autor “pollas monumentales en la vastedad y desolación de este continente” (Bolaño, 2001: 107), adminículos bélicos que reafirman la masculinidad, la esencia del macho que porta, siguiendo a Paz, “la capacidad de herir, rajar, aniquilar, humillar” (1968: 74).

En estos términos, el imaginario de lo masculino en Latinoamérica se constituye con la violencia como palestra, antípoda y no complementario de lo femenino. En este imaginario mítico “el placer sexual de la mujer es del tamaño del falo del varón que la fornicia y el coito ejemplar es aquel en que el varón domina” (Vargas Llosa, 1971: 507). Pero si Olegario porta la lanza y domina al mundo y a quienes habitan en él, es porque su arma representa la olvidada masculinidad sexual, herencia de sus antepasados originarios, reencarnada en su rol de sicario. La identidad y moral del personaje se construyen en su propia nominación y en un cuerpo reconocible distinto de los otros, pero a su vez Olegario, en tanto individuo, reconoce en su nombre

propio el material de su forma de existencia particular: contextual (superficial) e identitaria (Jara, 2006). En el caso de Olegario, la masculinidad (su lanza) es sino que, además de lo sexual, lo bélico, la mecánica del poder por el poder o el empoderamiento de lo femenino, involucra la fuerza de decisión; el poder beligerante, asistémico, pero socializador; el filo de una mente capaz de abrirse camino a través de la oscuridad; y la figura del padre acogedor, que no abandona el hogar⁸.

Aquí, la locura se prefigura, atendiendo al título del cuento, como herramienta que permite conectar el valor de su arma con la construcción de su moral de oficio. Gracias a su identificación nominal, Lalo Cura establece una nueva organización en el inframundo, un orden no racional que conecta lo desprovisto de forma social, a saber, lo despojado, lo huérfano, el no dominio, con su valor contrario. Lo asistémico, en otros términos, adopta un engranaje en su propio medio, con sus propios ejes constructivos y no marginando aquellos elementos, por el contrario hay cierto placer en esta no aceptación de poder alguno (Foucault, 2005: 196). En esta construcción, que podemos entender como un funesto sendero, la locura ha ordenado el caos de su entorno, “del hombre al hombre verdadero el camino pasa por el hombre loco” (Foucault, 1976: 285). Como loco, Olegario no ha dejado de ver, de contemplar toda su funesta realidad, sin dejar de detenerse, sin dejar de observarse a sí mismo (274). Olegario, como la locura, porta una verdad (Foucault, 1999: 376), refractada en la lanza de su sino. Él sabe que éste es el modo de significar su espacio, de darle un lugar en el que pueda echar mano para aprehenderlo y, ya situado en él, dominarlo de acuerdo a su conciencia. La-locura, así entendida, es la herramienta más eficiente para construir en un mundo de contrarios que sólo chocan y se destruyen. La locura es desorden en lo social y en lo moral establecido, pero operaría como orden dentro la violencia y lo socialmente desprovisto. Olegario, el personaje, descubre la llave, construye y se reconstruye en esos valores. La llave para atender al continente en su reconocimiento y reconstrucción está también en la misma dirección descrita.

⁸ Según Araujo y Rogers (2000: 60) existe más de una masculinidad y está sufriendo mutaciones, está en crisis. Las fracturas en los procesos socioculturales que han generado nuevos órdenes de género, problematizando una masculinidad mayormente tradicional, donde el autoritarismo y la violencia intrafamiliar serían reemplazados por una nueva constitución identitaria masculina, ampliando el concepto, la cultura de lo *masculino*.

REFERENCIAS

- Amaro, Lorena. (2007). Borges heredero: Una lectura del texto autobiográfico desde la problemática genealógica. *Revista chilena de literatura*, 71, 5-18.
- Araujo, Kathia y Rogers, Francisca. (2000). El hombre: ¿existe? En: José Olavarría y Rodrigo Parrini (eds), *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia* (pp. 59-66). Santiago: Flacso/Universidad Academia de Humanismo Cristiano/Red de Masculinidades.
- Bhabha, Homi. (2002). *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Bajtín, Mijaíl. (1999). *Estética de la creación verbal*. Ciudad de México: Siglo XXI editores.
- Bolaño, Roberto. (2001). *Putas asesinas*. Barcelona: Anagrama.
- _____. (2004). *2666*. Barcelona: Anagrama.
- _____. (2008). *Bolaño por sí mismo*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- _____. (2011). *Los sinsabores del verdadero policía*. Barcelona: Anagrama.
- Briceño-León, R. (2002). La nueva violencia urbana de América Latina. *Sociologías*, 4(8), 34-51.
- De Man, Paul. (1983). *Blindness and Insight. Essays in the rhetoric of contemporary Criticism*. United Kingdom: Methuen and Co.
- Echevarría, Ignacio. (2007). *Desvíos*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Foucault, Michel. (1976). *Historia de la locura en la Época Clásica*. Segunda edición, Tomo II. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (1999). *Entre filosofía y literatura*. Barcelona: Editorial Paidós.
- _____. (2005). *El poder psiquiátrico*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (2008). *Los anormales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Giannini, Humberto. (2000). *La experiencia moral*. Disponible en <http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001349/134963s.pdf>.
- G.M.Z. (2009). *Diccionario de los nombres*. Disponible en <http://www.slideshare.net/mingorro/diccionario-de-los-nombres>.
- Iriarte, Julieta. (1982). La simbología en Casa de Campo de José Donoso. *Anales de la literatura hispanoamericana*, 11, 131-148.
- Jara, Huguette. (2006). La institucionalidad del cuerpo como fragmentación silenciosa del yo: identificación, clasificación y exclusión. Tesis no

- publicada. Universidad de Chile, Santiago, Chile. Disponible en http://www.cybertesis.cl/tesis/uchile/2005/jara_h/html/index-frames.html.
- Montecino, Sonia. (1991). *Madres y huachos, alegorías del mestizaje chileno*. Santiago: Editorial Sudamericana.
- Mukarovsky, Jan. (1975). *Escritos de estética y semiótica del arte*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili S.A.
- Nietzsche, Friedrich. (2000). *Más allá del bien y del mal*. Madrid: Alianza Editorial.
- _____. (2007). *Así habló Zaratustra*. Buenos Aires: Gradifco.
- Paz, Octavio. (1968). *El laberinto de la soledad*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (1990). *Pequeña crónica de grandes días*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Quijano, Aníbal. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En Edgardo Lander (comp.), *La Colonialidad del poder: eurocentrismo y ciencias sociales perspectivas latinoamericanas* (pp. 201-246). Buenos Aires: CLACSO.
- Rubio, Mauricio. (2000). El desbordamiento de la violencia en Colombia. En J.L. Londoño, A. Gaviria y R. Guerrero (eds), *Asalto al Desarrollo: Violencia en América Latina* (pp. 103-171). Washington: Banco Interamericano del Desarrollo.
- Sheláru, Tereza. (2007). *Drácula, el hijo del dragón: ensayo sobre su verdadera historia*. La Paz: Plural Editores.
- Vallejo, Fernando. (1998). *La Virgen de los sicarios*. Bogotá: Alfaguara.
- Vargas Llosa, Mario. (1971). *García Márquez: Historia de un deicidio*. Barcelona: Seix Barral.